

# Cuando lo singular es plural: El caso del Barrio de la Mouraria en Lisboa\*

Marluci Menezes

## Introducción

Captar y analizar los significados y sentidos con los que determinados contextos socio-espaciales se inscriben en el mapa social de la ciudad contemporánea puede tornarse una tarea difícil, sobre todo, porque tenemos que lidiar con la complejidad de relaciones entre centro(s), periferia(s) y las lógicas de continuidad y cambio; las dinámicas endógenas y exógenas; y la articulación entre lo local y lo global; relaciones que remiten a cuestiones relativas a la heterogeneidad, el movimiento y la multidimensionalidad. Esto puede complejizarse aún más, cuando lo que se pretende es demostrar la peculiaridad socio-espacial de tales contextos, a partir del diálogo que estos tienen con la sociedad más amplia.

Al tomar como campo de análisis los barrios tradicionales de la ciudad de Lisboa y, específicamente, el Barrio de la Mouraria, se reflexiona sobre la necesidad de complejizar la discusión sobre las nociones de límite, frontera y lugar, e identificar medios para la interpretación de la singularidad, en cuanto expresión plural y multidimensional, a la par de una cierta discontinuidad. Se considera fundamental la profundización teórica y empírica, en el conocimiento de las prácticas socio-culturales de uso, apropiación y representación del espacio; así como también discutir y comprender tales lugares, barrios, como territorios de contornos socio-espaciales flexibles y maleables.

---

\* Traducción del portugués: Ramiro Segura.

El argumento de esta reflexión tiene como referencia un estudio antropológico de espectro más amplio, que se llevó a cabo en el Barrio de la Mouraria (Menezes, 2002, 2004). En síntesis, este estudio investigó las cuestiones socioculturales relacionadas con los dilemas, disputas y conflictos simbólicos que subyacen al proceso de construcción de imágenes de la identidad barrial. La investigación se centró, principalmente, en dos campos de análisis: las significaciones imaginarias y las prácticas sociales de uso y apropiación del espacio público. En el primer campo se buscó captar cómo el espacio era percibido, endógena y exógenamente. Aquí, el objetivo fue comprender las metáforas que proyectaban ciertas imágenes del barrio. En este esfuerzo, uno de los aspectos privilegiados de análisis fue el captar cómo la gente se pronunciaba sobre la inscripción del lugar Mouraria, en el espacio más amplio de la ciudad. Con respecto al campo de las prácticas, el interés fue captar la experiencia fenomenológica de la vivencia del espacio público local. El objetivo consistió en poner de relieve la mediación entre ciertas prácticas y el campo de significaciones imaginarias del barrio. En la consecución de este objetivo, se consideró que la visibilidad de las prácticas cotidianas asociadas a los ritmos que la sustentan, estimulan la creación de metáforas que se reflejan como imágenes del barrio.

### Presupuestos teóricos de la reflexión

Pudiendo la noción de lugar ser uno de los puntos de partida para intentar responder a tales cuestiones, como antropólogos podemos encontrarnos con algunas dificultades que pueden ser tomadas como pretexto de conocimiento y comprensión de las formas y modos en los que determinadas dinámicas socio-espaciales se inscriben en el mapa social de la ciudad. Esto debido a que la noción de lugar ha sido, muchas veces, tratada a partir de dos perspectivas opuestas: como *setting* o espacio de localización de conceptos y como construcción social o espacialización de la experiencia (Rodman, 1992).

Las dificultades de trabajar con la noción de lugar se vinculan también al estudio de la relación entre espacio y sociedad, ya que el estudio del

espacio se ha guiado por perspectivas que también se colocan en oposición. Una de ellas pretende abordarlo como una dimensión material y física, encuadrando geográficamente el paisaje y denotando su extensión. La otra, pretende tratar al espacio como una dimensión que se define a través del sentido que la sociedad le atribuya (Durkheim, 1989). En una tercera perspectiva, la relación dialéctica entre lo social y lo espacial es reconocida (Lévi-Strauss, 1974, 1993).

En términos del análisis del espacio urbano, conforme lo referido por Zukin (1996), existen todavía otras dos perspectivas diferenciadas de abordaje: una, enfatiza en la economía, el capital y el uso de la tierra; en tanto, la otra, privilegia la relación entre significados culturales y formas construidas, reforzando la contribución de las representaciones de los grupos sociales y de los significados visuales, para la construcción de las identidades sociales. Por su lado, Low (2000) recuerda la distinción entre el análisis del espacio, en cuanto proceso de producción social, involucrando factores sociales, económicos, ideológicos y tecnológicos que contribuyen para la creación y materialización de un *setting*; y procesos de construcción social, relacionados con las experiencias fenomenológicas y simbólicas que transcurren en el espacio, siendo estas mediadas por los procesos de cambio, conflicto y control.

Si es que el espacio puede ser considerado una de las dimensiones más privilegiadas en el análisis de los fenómenos sociales del mundo contemporáneo, importa admitir que el espacio se expresa en plural y, como tal, supone una ambigüedad de significados (Bettanini, 1982). Así, en el análisis y comprensión del espacio, importa explorar la articulación entre procesos de producción y de construcción social; la ciudad y el espacio construido a partir de la interpretación e interpenetración de las perspectivas que enfatizan el poder y las que resaltan la cultura; la existencia de una relación dialéctica entre actores sociales y espacio, entre organización del espacio y organización social, entre espacio físico y espacio social. Y, en lo que se relaciona a la noción de lugar, es fundamental compatibilizar perspectivas, ya que el lugar puede ser espacio de localización de conceptos, como contexto de espacialización de la experiencia. Como señala Bourdieu (1999: 122) acerca de los 'efectos del lugar', es interesante notar que "los lugares y sitios

del espacio social reificado, y los beneficios que procuran, son una apuesta de lucha (dentro de diferentes campos)”.

Así, importa apreciar el lugar a través de una perspectiva relacional que, al objetivar la realidad socio-espacial y al servir como locus para la observación de los fenómenos que constituyen esa misma realidad, proporciona instrumentos para el conocimiento de las relaciones entre global y local, de comunicación y de información (Santos, 1995). Por esto, el lugar será visto aquí, como un área elástica constituida por tres elementos esenciales: localización –referido a los efectos de los procesos sociales y económicos sobre lo local, siendo que esos procesos operan a partir de diferentes escalas–; local –escenario donde las relaciones sociales son constituidas–; y sentimientos de lugar –la forma cómo los individuos se enlazan geográficamente y socialmente al lugar (Agnew, 1997). De este modo, los lugares no se limitan a ser meros soportes de la acción social, ni tampoco, del desarrollo de reflexiones sobre la sociedad.

La experiencia del lugar como espacio vivido se da a través de la interacción entre la experiencia de un lugar, más la evocación de otros eventos, otros espacios, otras experiencias y tiempos, y de las muchas voces que sobre él hablan. Por ello, no es acertado hacer referencia a una experiencia urbana singular como una experiencia homogénea. De ahí el interés de nociones como ‘multilocalidad’ y ‘multivocalidad’ (Rodman, 1992), ya que permiten abordar las varias dimensiones de un lugar, posibilitando descentrar el análisis y considerar el proceso de construcción de los lugares como múltiple, cosa que viabiliza la construcción de un mirar a partir del punto de vista de los otros. Y más: permiten comparar los análisis del espacio, como lo indica la reflexibilidad, entre las diferentes relaciones y los lugares, dando expresión a la polisemia de los significados atribuidos al lugar por sus diferentes usuarios. Por esta causa, interesa sobre todo, proceder a la deconstrucción de los significados que, a lo largo del proceso de construcción y producción del espacio, son atribuidos al lugar.

A partir del análisis de las prácticas cotidianas de uso/apropiación del espacio, se demuestra que el conocimiento de tales prácticas permite evocar la coexistencia, a través de dilemas y conflictos simbólicos, de un indefinible número de atmósferas que estimulan la creación de metáforas urbanas

que, proyectadas como imágenes, forman parte del conocimiento que se tiene del barrio, como de una determinada faceta de la ciudad. Se muestra cómo las nociones de lugar y de límite son más dependientes de las redes de relaciones sociales y de los valores que se encuentran presentes, que de factores físicos y urbanísticos. En este proceso dinámico de construcción de límites, fronteras e intersticios, determinados lugares se inscriben en la complejidad social de la ciudad a través de su especificidad. Los límites, fronteras e intersticios comunican significados específicos que, formando parte del conocimiento de estos barrios, simultáneamente, forman parte del conocimiento de la ciudad.

### Notas sobre el Barrio de la Mouraria

Lejos del Río Tejo y localizada en la pendiente trasera de la colina que da lugar al Castillo de San Jorge, en su origen, Mouraria fue la designación atribuida al arrabal destinado a los moros, después de la reconquista cristiana de la ciudad (1147). El arrabal (gueto) estuvo durante mucho tiempo amurallado y separado del resto de la ciudad, siendo su entrada, inicialmente, condicionada por horarios de apertura y cierre. Sin embargo, mediante la intensificación de la actividad económica, segmentos cristianos de la población pasaron a instalarse en los alrededores del arrabal. Esto viabilizó una convivencia profesional y de vecindad muy característica en este territorio lisboeta, impulsando más tarde, la expansión del barrio por el territorio vecino.

Pobreza y precariedad habitacional fueron –y son– características que atravesaron la historia del barrio. Sobre todo a partir del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XX, se asistió a un vertiginoso aumento poblacional de la ciudad, generada por intensos flujos migratorios. Barrios como Alfama y Mouraria alcanzan sus capacidades de ocupación y, debido a su precariedad socio-económica y funcional pasaron, juntamente con otros barrios, a ser conocidos como los barrios pobres de la ciudad (Cordeiro, 1997).

La dinámica de recomposición y reconfiguración urbana, traducida en los elevados índices de concentración poblacional en los barrios antiguos

de Lisboa y en los cambios demográficos, sociales y culturales provocados por las olas migratorias de finales del siglo XIX, contribuyó para la invención de lo que posteriormente fuera conocido como las tradiciones populares (Cordeiro, 1997). Y, en algún momento en el siglo XIX, la Mouraria fue socialmente construida como un barrio que tenía algunas tradiciones. Esta fundación sucede en medio de una compleja red de elementos culturales, sociales, históricos, urbanos y rurales, sueños, mitos y representaciones, entre los cuales se destaca el mito de la Severa, una bella prostituta que era conocida como una importante cantora de fado. Este mito tiene una función simbólica muy próxima a la de un mito de origen, que alimenta la idea de una Mouraria típica y tradicional. Pero, a la par de un proceso de emblemización, el barrio continuó atravesado por un proceso de estigmatización y segregación socio-espacial, ya que, en paralelo a la pobreza y a la miseria que allí preveían, la Mouraria también sería conocida como un contexto propicio para la prostitución, la vagancia y el alcoholismo.

Prácticamente inalterada hasta la segunda mitad del siglo XIX, urbanísticamente, la Mouraria sufriría graves alteraciones a lo largo del siglo XX, preconizadas a través de un ideal de modernización, embellecimiento e higienización de la ciudad que, durante el Estado Nuevo (décadas del treinta y sesenta), llevó a la destrucción de la parte baja del barrio. Al espacio vacío allí dejado le fue dado el nombre de Largo do Martim Moniz. Entre las décadas del setenta y ochenta del siglo XX, el barrio y las áreas adyacentes aún serían focos de interés de políticas de modernización de la ciudad. Con todo, en plenos años ochenta, poco se había edificado en los espacios dejados vacíos a causa de la destrucción, y se destacaban apenas, la construcción de un edificio para servicios y, más tarde, dos centros comerciales que rodean la plaza (Centro Comercial de la Mouraria y Centro Comercial del Martim Moniz).

Teniendo en cuenta la degradación del parque edificado local, en muchos casos en riesgo de ruina inminente o consumada –situación todavía, más agravada por la precariedad socio-económica local y por la dificultad de implantación de actividades que permitan la dinamización económica y cultural del área– el barrio es, desde 1985, social y urbanísticamente, endógena y exógenamente, constituido como ‘objeto de rehabilitación urbana’

(Costa, 1999). El proceso de rehabilitación urbana contribuirá a la reconstrucción social de la realidad simbólica y de la imagen urbana del barrio que, luego, pasará a ser considerado como patrimonio urbano de Lisboa.

Por otro lado, desde la década del setenta del siglo XX, se verifica en esta área de la ciudad, la instalación de un comercio de reventa, mayoritariamente controlado por minorías étnicas. Tal fenómeno contribuyó a la configuración de otra imagen de la Mouraria que, así, pasó a ser también referida como contexto multiétnico y multicultural; como lugar de personas, prácticas, músicas, artefactos, ropas y comidas diferentes, que se destacan por una cierta diferencia social y cultural. Locales como la Plaza de Martim Moniz (1997) y el Centro Comercial de la Mouraria son unos de los principales palcos de visibilidad de tales dinámicas. En esta nueva imagen resuenan algunas connotaciones asociadas al barrio, en cuanto espacio liminal, como lugar de encuentro de diferentes expresiones culturales sobre todo derivadas de la condición de (in)migrante. La asunción de la Mouraria como una especie de símbolo de la convivencia multiétnica y/o multicultural de la ciudad (Menezes, 2011, 2012) convive con el otro universo de prácticas y representaciones asociadas a una idea del barrio como contexto de tradiciones populares. Todavía importa aquí, recordar que, históricamente, los atributos de tipicidad popular asociados a la Mouraria se encuentran también vertidos en una imagen del barrio como espacio de pobreza y de transgresión, donde se desarrollan actividades como la prostitución, el tráfico y consumo de droga, y donde es posible encontrar individuos en condición de sin techo.

La actualidad de la Mouraria se refleja en la vivencia de la calle, en los edificios históricos y degradados, en la procesión, en los campos y en la marcha popular. Así como también se relaciona con un conjunto de territorios y dinámicas que, además de combinar los elementos más característicos de su población y de su espacio físico, se vincula con nuevos y otros estilos de vida que no se explican solamente por el fenómeno de gentrificación, ni por la heterogeneidad de las clases populares, sino también por fenómenos de cariz étnico. Un mundo en el que el fado, los residentes, los (in)migrantes, los visitantes, los desempleados y los reformados coexisten con las tiendas y mercerías chinas, los peluqueros luso-africanos,

los bazares indios, la Asociación Comercial China Town, una banda de teléfonos móviles, los tóxico dependientes, los sin techo. Tantas similitudes, tantos contrastes con los otros barrios populares, típicos o *tradicionais* de la ciudad... Pati Kati, Bombay Looks, Xin Ge, Palop, Morabeza, Tabanka son algunas de las designaciones de los establecimientos existentes en los centros comerciales locales (Centro Comercial de la Mouraria y Centro Comercial de Martim Moniz). Nombres exquisitos, olores extraños, sonidos africanos y chinos, cánticos hindúes, sabores de ultramar, lenguas y dialectos desconocidos componen el ambiente urbano en conjunto con el fado, el olor de la sardina y el pastel de bacalao, y el hablar lisboeta (*alfacinha* para algunos).

El lado público y visible de la Mouraria parece reflejarse en una especie de juego de espejos que reproduce imágenes que transitan entre las ideas de típico, tradicional, popular, multicultural, multiétnico, pero también como un nuevo Casal Ventoso, Bronx y hasta Texas (Menezes, 2002, 2004). En la Mouraria, el espacio público —a saber las calles—, se desarrolla como un contexto de interacción de los habitantes, siendo tales espacios, contextos de mediación para la construcción y reformulación de las relaciones identitarias con el barrio, y de la relación con el otro. Pero también es un espacio en donde se puede verificar la coexistencia de una multiplicidad de ‘pedazos’, que a su vez, están ligados por ‘trayectos’ y atravesados por ‘circuitos’ (Magnani, 2000). En este sentido, los espacios colectivos y públicos del barrio son también contextos de mediación con la ciudad (Menezes, 2009). Y, para complejizar aún más, la Mouraria también parece definirse por aquello que Magnani llamó la ‘mancha’, término que permite inferir que en el espacio físico del barrio coexisten distintas ‘Mourarias’.

### Sentidos y significados de los límites y fronteras en el Barrio de la Mouraria

Inicialmente, fueron identificados algunos de los aspectos del ámbito geográfico, urbano, histórico, social y cultural, que ayudaran a la realización de las primeras aproximaciones al barrio. En el seguimiento de las ideas de

De Certau (1990), se consideró que el proceso de percepción espacial, al ser particularizado por los individuos, les permitía evadirse de las limitaciones colocadas por el espacio construido. Sobre todo, porque, conforme penetraba en el mundo de la Mouraria, encontraba mundos paralelos que, a su vez, reflejaban una variedad de maneras de pensar y percibir el territorio del barrio. Pero, de cara a las varias formas de percibir el barrio, era consecuente la sensación de entrar en una ruleta rusa que nos llevaría a ningún lugar, ya que era imposible captar la multidimensionalidad de las formas en las que los individuos percibían el territorio del barrio, así como se tornaba irrealizable una pesquisa que contemplase todas las opiniones. En verdad, no estuvo prevista la dificultad de lidiar con la singularidad de un espacio, en un lenguaje plural.

Con todo, después nos dimos cuenta de que el modelo físico de organización del tejido edificado, las relaciones entre las actividades desarrolladas en espacios abiertos y cerrados, exteriores e interiores, centro y alrededores, y sus formas de reciprocidad y diferenciación, no podían pasar desapercibidos. Tales aspectos repercutían en las configuraciones socio-espaciales porque colocaban en juego, criterios de clase social, género, grupo étnico (Valle, 1999). Por lo que, sin refutar las ideas de De Certau (1990), como refirió Edensor (1998), se consideró la no existencia de un peatón heroico, ya que aunque al caminar el individuo pueda sentirse afectado por el medio social que atraviesa, también puede leer, con su propia visión del mundo. Así, la insistencia nos mostró que para atravesar las puertas de los diferentes mundos paralelos existentes en la Mouraria (por lo menos de algunos de ellos), era necesario ajustar nuestra propia percepción y, antropológicamente, encontrar sentido, en un conjunto confuso de otras percepciones. A partir de aquí, nos dimos cuenta de que ciertas lógicas se repetían en el interior de un conjunto de múltiples relaciones que se constituían en referencia a los individuos y a sus lugares de residencia o de presencia (donde eran abordados), a las memorias, a las prácticas, espacios, acontecimientos y tiempo (cotidiano y fuera del cotidiano), a las parroquias o al área de intervención del gabinete de rehabilitación urbana local, al sentimiento de vinculación, al lugar y a una determinada red de relaciones sociales, e incluso, a criterios de categoría social, etarios, de género y étnicos.

Tales perplejidades y constataciones permitieron observar cómo determinados aspectos, atributos y categorías espaciales —a través de la observación de prácticas de uso y apropiación del espacio (sobre todo, de los espacios exteriores y públicos), de la auscultación del discurso de determinados individuos (como por ejemplo de moradores, usuarios y comerciantes), de la percepción de cómo el espacio era captado y representado—, revelaban la singularidad de un lugar que habla en plural. Pero también, revelaban cómo las distintas demarcaciones socio-espaciales eran atravesadas por relaciones y lógicas socio-*espaciais* ambivalentes, ambiguas, de inclusión y exclusión. En este orden de cosas, fue pertinente el considerar que el espacio público urbano puede ser privatizado por determinadas prácticas, o que su acceso puede ser condicionado por reglas de conducta que, más allá de las imposiciones colocadas por quien oficialmente controla el espacio, también existen en el interior de su propia dinámica. O sea, es un espacio cuyo control social y político es asegurado por códigos y signos informales, así como por reglas y reglamentaciones formales, que pueden proporcionar tanto la exclusión como la inclusión (Madanipour, 1998; Sibley, 1997).

La manera en cómo la extensión del barrio era percibida nos coloca frente a dos lógicas: el barrio es tanto pequeño (“este *bocadinho*”), como grande (“*isto tudo*”). El sentido de barrio pequeño es relativo a un núcleo central y de pequeña dimensión, donde hay más regularidad en la demarcación de su perímetro. Algunas citas permiten ilustrar este aspecto:

Sí, aquí está la Mouraria, todo esto es Mouraria. Socorro (alusión al nombre que designa a la región administrativa que encaja parte del barrio) y barrio Mouraria. Las Olarias (...), todo es Mouraria, sin embargo, el centro es aquí (estábamos en una calle del núcleo), es esta parte el centro, es el Barrio de la Mouraria. Todo esto es histórico (...). En la Plaza del Martim Moniz también es Mouraria, incluso tiene un centro comercial con el nombre del barrio (habitante en el núcleo central desde hace más de 50 años).

La Mouraria es cuando se penetra en la Calle del *Capelão* allí, vamos a ver, la Calle del Marqués de Ponte de Lima, el Largo de la Olaria. Aquí la Calle del Benfornoso es menos antigua, tenga en cuenta que la construcción es diferente. La Mouraria aquí está: es este núcleo primitivo” (comerciante portugués instalado en el barrio hace más de 30 años).

Hoy el Barrio de la Mouraria se reduce a poco. Pues bien, la Mouraria es el centro, el corazón de la Mouraria es sólo este poquito. Porque, la Mouraria grande va de la Calle de la Amendoeira hasta el Intendente, vaya hasta el Borratém. Pero todo esto es ahora (...), ¿cómo que voy a explicar? (...), ahora la gente comienza a llamar esto todo los alrededores de la Mouraria (...)” (Entrevista a habitante en el núcleo central, de más de 70 años, nació en el barrio).

EL BARRIO grande engloba los alrededores, es un territorio impreciso, irregular y ambiguo:

La Mouraria es grande, es esto todo hasta el Castillo S. Jorge y luego abajo, después creo que es el Barrio del Alfama. La Mouraria es todavía gran (...), sigue siendo un gran barrio, es la Calle del Benfornoso y nuestra calle, es la Calle del Capelão donde vivió esa cantante famosa, la Severa (...), esto todo es corazón de la Mouraria (...) (Entrevista a habitante cerca del núcleo central, de más de 60 años, nació en la misma casa en que aún vive).

La Mouraria es todo esto (hace un gesto con los brazos cubriendo un área alrededor de la calle donde vive y apuntando en dirección al centro del barrio y con el englobamiento del Lg. Martim Moniz). La Calle del Benfornoso también es y va hasta allí delante del Castel (Entrevista a comerciante oriundo de Mozambique, llegó al barrio en 1979, con su familia, es dueño de un negocio familiar en torno al núcleo).

El Barrio de la Mouraria alcanza hasta la parte de arriba en el Largo del Terreirinho, en las Olarias, sigue hacia abajo en la Calle Agostinho de Carvalho hasta la Capilla de Nuestra Sra. de la Salud, después comienza Santa Justa. La Calle del Benfornoso es Mouraria, hasta la salida del Terreirinho, adelante es el Intendente, pero ahí es otra región administrativa (Entrevista a habitante cerca del núcleo central, desde hace más de 60 años es procedente de la región norte del país).

El corazón de la Mouraria está aquí y es el resto (...), el Intendente, también forman parte del barrio árabe, pero nunca se consideró como parte de la Mouraria derivado de su mala reputación. Así, por Mouraria es conside-

rado las Olarias, el Largo del Terreirinho, la Calçada Agostinho de Carvalho y la Calle del Benfornoso, pero esta parte ya no tenía esa amistad aquí como allí, nos sentamos en la puerta de los demás, nos sentamos en la plaza con mantas, unos pocos a cantar, a contar anécdotas (...). Esto en aquel tiempo, cuando yo era un niño. Pero esto también ha cambiado ahora (...) (Entrevista a habitante, nació en el barrio, vive en el núcleo central desde hace más de 60 años).

Estas lógicas son constantemente atravesadas por mecanismos simbólicos que permiten la separación, el agrupamiento, la mezcla y la confusión. Tales mecanismos son accionados en función de determinadas referencias, dinámicas, memorias, espacios, tiempos, ocasiones, como por ejemplo: a) el haber nacido en el núcleo del barrio ('aquí es mi tierra'); b) vivir en los alrededores del núcleo del barrio (cuando en determinados momentos, interesa ser parte del barrio, por ejemplo, en el momento de las fiestas y marchas populares, cosa que no interesa con el mismo énfasis, en momentos más cotidianos); c) la participación del barrio en las fiestas y marchas populares de la ciudad (cosa que torna al barrio grande e integrador de sus varias facetas y dimensiones); d) la tradicionalidad popular del barrio (purificándolo y potenciando un sentimiento de pertenencia); e) la liminaridad del barrio (evocando demarcaciones y sentimientos de distanciamiento).

Debe tenerse en cuenta, por ejemplo, que la percepción de un territorio como centro o periferia hace presuponer que el mismo se define como una relación de oposición. Sin embargo, aquello que se constata es que tanto el centro como las periferias son paradójicamente complementarios, inclusivos y diferentes. Esta cuestión es importante, porque la inversión simbólica en el barrio se encuentra fundada en una lógica relacional donde todas las mediaciones son posibles, haciendo factible, de ese modo, la diferenciación y reciprocidad, la simultaneidad y la intersticialidad. Queda así claro, que la relación entre centro y periferias se encuentra marcada por la ambigüedad, pero también por una cierta ambivalencia. En verdad, la Mouraria es percibida como un territorio complementario e inclusivo, a partir de un conjunto de atributos que permiten su diferenciación y separación.

La Mouraria es un lugar cuya plasticidad también se muestra a través de un lenguaje que, al auxiliar la orientación de los individuos, en el espacio, también proporciona indicaciones sobre las posiciones y representaciones sociales sobre ese mismo espacio:

Los de acá de la cima no van muy abajo y los de allá abajo no vienen mucho aquí. Pero hay más de ellos de abajo aquí que en contrario. Vienen más ahora, debido a una tienda de videos que se abrió en Largo de la Alfarrería, pero son los jóvenes que vienen, los viejos tienen dificultades para subir todo, sólo vienen en lo Mouraria Sport Club, en las noches, en fado. En la pelea por el campeonato y el deporte, los más viejos no vienen, sólo los más jóvenes, con torneo, los más jóvenes vienen acá. (...) Los chicos de aquí se definen como el centro de los jubilados o el centro de los borrachos (...), y llaman a los de la planta baja como el centro de los drogadictos y acá el centro de los borrachos (risas), (Entrevista a habitante en los alrededores del núcleo central hace más de 40 años, nació en Lisboa en otro barrio popular).

Personalmente creo que este es el Barrio de las Olarias, aquí no tiene mucho que ver con el Barrio de la Mouraria, creo que hasta aquí es el Barrio de las Olarias. Bueno, ahí está, el barrio, las mujeres vendedoras, incluso sus propios errores nacen con ellos, porque dicen unas pocas palabras y otra media docena son una mierda, pero creo que ya es parte de la gente que vive allí porque aquí no hay nada de eso. La gente de aquí no habla tonterías, pero allá abajo creo que es diferente, estas cosas son más pronunciadas, incluso las discusiones. Realmente, creo que el barrio está dividido, (Entrevista a habitante, vive hace muchos años en los alrededores del núcleo central del barrio).

Así, expresiones como acá en la cima/allá abajo, adentro/afuera, lejos/cerca o en frente/atrás, ganan sentido y significado, no porque indican relaciones topográficas y de posición geográfica, sino por estar relacionadas con determinados aspectos sociales y simbólicos, entre los cuales cuentan: ser o no ser habitante del núcleo del barrio; ser o no trabajador en la zona; ser o no ser comerciante; participar o no de las fiestas populares; identificarse con la dimensión residencial, tradicional y típica del barrio o con la dimensión comercial, multicultural y multiétnica; tener una perspectiva del barrio a

partir de lo cotidiano y/o fuera de lo cotidiano. A continuación, algunas citas para ilustrar estos puntos:

La Mouraria misma es esta parte ahí para dentro. La Calle de los Cavaleiros y las Olarias es todavía Mouraria, pero no es bien. La Mouraria moderna (por referencia a la destrucción de gran parte del barrio en los años 40 del siglo XX) es solo acá dentro, es la Calle del Capelão, la Calle de la Guia (...), y allí no sale nada, la gente es muy cerrada, (Entrevista a ex-residente del núcleo central, donde nació; pero fue a vivir en la periferia de Lisboa cuando se casó, mas con frecuencia, vuelve al barrio para visitar personas de su familia).

Mi hijo no tiene el hábito de ir en dirección del Largo de la Guia (en el centro del barrio), ya está lejos y no saben cómo llegar allí. Después, él puede inmiscuirse con los chicos de otro barrio y yo también tengo miedo (...). Mi hija sólo tiene amigos en la escuela y no acostumbra quedarse acá, porque no hay lugar para parar aquí (...), es solo bandidos, otras generaciones, pero hablo con todo el mundo. Ellos, a veces, jugarán más cerca, en la escuela, y allí, en la Voz del Trabajador o un lugar que hay a los lados de Barrio del Alfama (ambos lugares están más lejos de su casa). (Comerciante y residente muy cerca del núcleo central del barrio, donde vive hace muchos años).

Se observa que los territorios geográficamente próximos –la Mouraria ampliada y el núcleo del barrio– se encuentran socialmente demarcados por núcleos de referencia identitaria, valores y atributos de clasificación, ya no siendo sus distancias –y aquí debe leerse distancia social– fácilmente superables. Como si la conquista o la apropiación espacial de los territorios limítrofes –psicológica, cultural y socialmente más difíciles de superar– transformase el camino a ser recorrido en más largo. No obstante, también se verifica la posibilidad de ser vencidos, a saber, cuando la demarcación identitaria de la Mouraria se compara con otros barrios o con la propia ciudad, y así lo que queda lejos es el resto del territorio urbano.

En síntesis, las demarcaciones espaciales se apoyan en lógicas complementarias y de diferenciación. Estas lógicas se encuentran más dependientes de las relaciones sociales y de los valores, que de factores de orden

geográfico y urbanístico. Recuérdese que la elasticidad del lugar confiere a sus límites una maleabilidad que es constantemente manipulada, ocupada, activada, accionada, utilizada estratégicamente y contextualmente.

El barrio es un lugar social que, siendo más limitado que la inmensidad de la ciudad, es de acceso inmediato a sus habitantes. Un lugar donde suceden una serie de actitudes, valores y comportamientos circunscriptos a una determinada red de relaciones sociales, donde la calle es un pedazo del espacio que se coloca en una posición intermedia entre lo público y lo privado, definiéndose como un espacio semi-público (Magnani, 2000) facultando, de ese modo, la ligazón entre casa-barrio, por oposición al universo amplio de la ciudad. En el caso de la Mouraria, se debe tener en cuenta que la destrucción de gran parte de su territorio seguida de una serie de dinámicas sociales, económicas y culturales que escapan al control de la población local, disminuye la distancia entre casa-barrio y la ciudad. No solamente porque la accesibilidad al resto de la ciudad se tornó más fácil, sino sobre todo, porque individuos, prácticas y valores, a priori, vistos como pertenecientes a la vastedad del universo urbano, pasaron a formar parte de las dinámicas locales y de la configuración de la imagen identitaria del barrio. Aunque los habitantes más antiguos identifiquen a los otros como ajenos, en los procesos de configuración socio-espacial, ambos comportamientos, actitudes y valores que permiten la invención del nosotros y de los otros contribuyen para la construcción social de las imágenes identitarias de la Mouraria.

Obsérvese que la reflexión ya desarrollada sobre la problemática de los límites en algunos de los barrios típicos de Lisboa, como Bica (Cordeiro, 1997), Madragoa (Menezes, 2002) y Alfama (Costa, 1999), permite señalar que el reconocimiento de los límites y fronteras son construcciones sociales que, como tal, son representadas de forma dinámica. Estos territorios tienen contornos maleables. En tal virtud, es necesario considerar que esos territorios se componen, sobre todo, por ‘núcleos de referencia identitaria’ –a lo que contribuyen las referencias sociales, culturales, físicas y espaciales–, y por ‘demarcaciones de cara a otros barrios o a otros elementos destacados de la ciudad’, antes que por una configuración rígida de sus límites y fronteras (Costa, 1999: 202).



### De la visibilidad de las prácticas en el espacio público al barrio y la ciudad

La 'policromía exuberante' y 'agitadora' de las calles de Lisboa, conforme fueron referidas por Sequeira (1929: 19) en la primera mitad del siglo XX, son todavía recursos metafóricos impactantes para hablar de la Mouraria. Esto porque el espacio público de la Mouraria es una de las caras más visibles de su cotidianeidad, que estimula la creación de metáforas urbanas que contribuyen para la invención de determinadas imágenes del barrio que pueden evocarlo como contexto característico, tradicional, típico, popular, como una aldea, incluso como histórico, patrimonial, multiétnico o multicultural, o como un barrio descaracterizado y repleto de liminaridades, que provocan el refuerzo de los procesos de estigmatización y segregación territorial.

En el proceso de consolidación y reconfiguración de las imágenes identitarias se verifica que, a la par de la continuidad de determinados trazos que son utilizados para caracterizar el barrio, otros van siendo indexados al campo de las significaciones imaginarias del lugar. Por ejemplo, a finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, la Mouraria fue evocada por sus personajes característicos como matones, bohemios, cantantes y prostitutas, pero también por su urbanística pintoresca y por su peculiaridad sociocultural. Entre los años treinta y sesenta, la defensa de lo pintoresco fue contradictoriamente asociada a la defensa de una imagen urbana de higiene y civilización; y, aunque los otros barrios populares de la ciudad hayan sentido la amenaza de la destrucción, ésta, de hecho, fue impiadosa con las tan mal afamadas calles, edificios y personas de la Mouraria, un símbolo del vicio que en plena década del setenta era noticia a partir de los restos de una destrucción atroz y por ser el lugar donde insistentemente todavía se realizaban las procesiones y las fiestas populares. Las décadas del setenta y ochenta, todavía marcadas por el ideal de la renovación urbana, dieron lugar al Centro Comercial de la Mouraria, un edificio urbanísticamente controvertido que, juntamente con el Hotel Mundial, se transformaron en polos opuestos de la llamada convivencia multiétnica: en uno de ellos, la multiétnicidad era símbolo de una cultura históricamente localizada, en el otro, se transfiguraba en turismo. A mediados de los años ochenta, el barrio se tornó foco de otra política urbana: la recuperación y la rehabilitación de su patrimonio histó-

rico y urbano. Aquí, el proceso de reapropiación del patrimonio urbano y las dinámicas de intervención urbanística parecen inscribirse en el espacio público, reinventando escenarios e imágenes de lo que es tradicional y típico, y creando nuevas maneras de pensar y representar el espacio. En el ímpetu de las revitalizaciones, una nueva imagen va siendo construida e inventada como tradición multiétnica. A principios del siglo XXI, los espacios públicos del barrio son, cada vez más, un punto de encuentro de diferentes etnias. Dicha visibilidad no pasa desapercibida ante los ojos de cualquier transeúnte o de los productores de imágenes de la ciudad, entre ellos, algunos antropólogos. Pero la procesión todavía atraviesa las calles del barrio y de la ciudad. Los campos populares engloban la casa, la calle, el barrio y la ciudad en un solo espacio. El movimiento continúa representando determinados símbolos emblemáticos del barrio y recorriendo las pasarelas de la ciudad. Las relaciones de vecindad son intensas. La prostitución continúa. Los delitos aumentaron. Los sin-techo subsisten. La adicción y el tráfico de droga son reales. La ilegalidad y la marginalidad existen. Las casas se caen y se incendian; y tales características estimulan la invención de metáforas urbanas que también son productoras de imágenes —endógenas y exógenas— del barrio.

Aquí, es fundamental superar la tentación de explicar las contradicciones entre los individuos y sus prácticas a partir de enunciados como: la faceta tradicional y típica del barrio repercutiría en la domesticación del espacio público como sala o patio de los habitantes; la faceta moderna se reflejaría en la substitución de la dimensión doméstica y semi-pública del espacio por una de ámbito más público y globalizada. Nos interesó mucho más discutir los procesos que permiten la coexistencia de diferentes modos y formas de usar, apropiar y representar el espacio —teniendo en cuenta que estas pueden ser paralelas o estar en conflicto—, como forma de comprender la complejidad inherente al sistema de clasificaciones y manipulaciones de los significados atribuidos al barrio. Se trató, así, de analizar cómo es que en el proceso de construcción y producción social del espacio, se verifica la coexistencia de imágenes que pueden contribuir tanto a la emblemización del barrio como a su segregación y estigmatización.

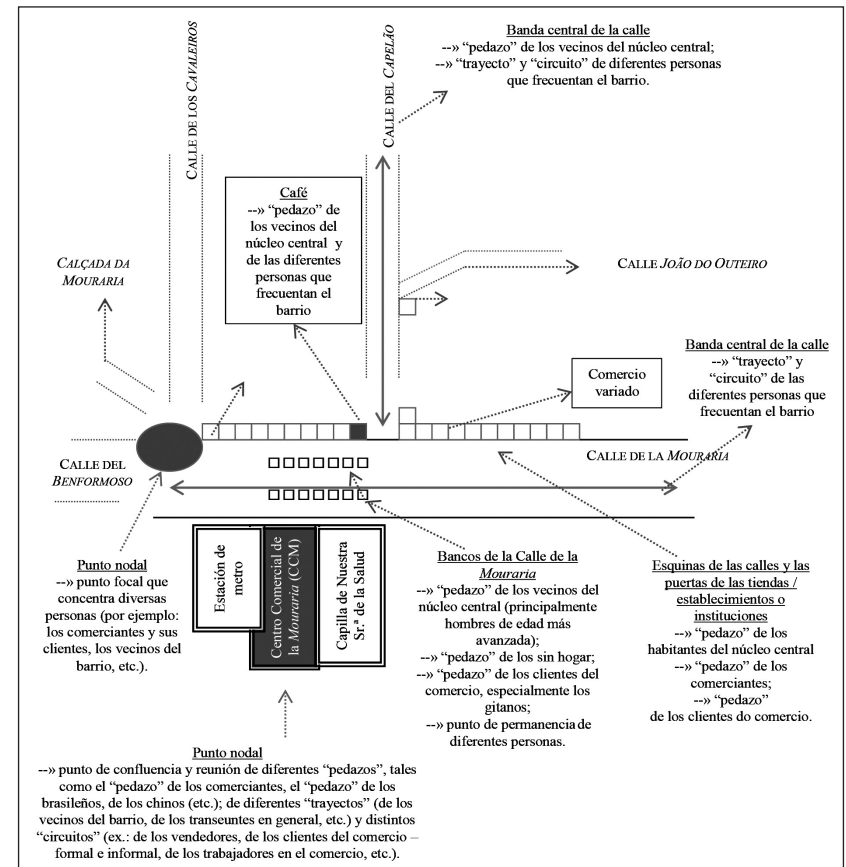
En la descripción y análisis de las micro geografías cotidianas de uso y apropiación de los espacios públicos del barrio fue fundamental el recur-

so a las nociones de ‘pedazo’, ‘trayecto’, ‘circuito’ y ‘mancha’, admitiendo que tales nociones sirven como instrumentos de ‘lectura’, ‘comprensión’ y ‘orientación’ en el espacio urbano, en la medida en que “configuran aquel repertorio de significantes que posibilitan guardar historias y personajes que estarían olvidadas si no fuese por la permanencia, en el paisaje urbano, de tales soportes” (Magnani, 2000:45). A modo de ejemplo, el esquema que sigue (ver Esquema 1) describe algunas de las dinámicas de uso y apropiación del espacio, como se observó en el núcleo central del barrio.

Al inscribirse en el mapa social de la ciudad, las micro geografías cotidianas de uso y apropiación de los espacios públicos construyen paisajes, aquello tiene repercusión en las imágenes que son construidas del barrio, que forman parte del conocimiento que se tiene de la Mouraria como de la ciudad. De esta manera, tales espacios sirven como intermediadores para la creación y lucha de las identidades sociales y de las imágenes socio-espaciales. Y, de cierto modo, el drama de una imagen que transita entre la idea de que el barrio es tradicional, o de que ya no tiene esas características; de que es un barrio histórico, multiétnico, multicultural, o de que es un contexto liminal, parece estar ligado a la visibilidad de las prácticas de uso y apropiación de los espacios públicos y a la interpretación que los individuos hacen de tales dinámicas a lo largo del tiempo cotidiano y fuera del cotidiano, así como a lo largo del tiempo histórico. Se cree, así, necesario admitir que no sólo las permanencias crean especificidades, sino que el propio movimiento –veloz y efímero– se inscribe en el paisaje urbano definiendo particularidades que bien pueden ser heterogéneas y multidimensionales.

El trabajo desarrollado en la Mouraria permitió demostrar que no es solamente la vida de calle/barrio –y la respectiva transfiguración de la calle en habitación de sus residentes– lo que permite detectar singularidades o, en un sentido más amplio, detectar una intensa utilización de los espacios públicos. También algunas dinámicas que ocurren en lo metropolitano, calles comerciales, plazas y centros comerciales locales, permiten inferir que existen rutinas y particularidades, apropiaciones, inclusiones y exclusiones, paralelamente a la multidimensionalidad de las dinámicas y a la influencia del poder político y económico.

Esquema 1  
Dinámicas de uso y apropiación del centro del barrio



Fuente: Elaboración propia.

Se cree, así, importante conservar un punto esencial: la repercusión social, cultural, simbólica y urbana de las prácticas que se desarrollan en el espacio público en la creación de atmósferas que impulsan la invención de determinadas imágenes de la Mouraria y de ciertas metáforas urbanas que, en una perspectiva más amplia, también forman parte del conocimiento que se tiene de la ciudad (Crouch, 1998). Es importante observar que las

intersecciones entre el campo de las significaciones imaginarias del barrio y la interligación con su historia, morfología física y las prácticas socioculturales y espaciales de los distintos individuos que viven y frecuentan el barrio resaltan la íntima articulación entre la experiencia de los diferentes actores sociales, los símbolos, los valores sociales y las imágenes (Richardson, 1980). En verdad, los distintos pedazos, trayectos y circuitos que configuran el paisaje social y urbano local permiten inferir que la Mouraria es una mancha inscrita en el mapa social de la ciudad donde, paralelamente y/o conflictivamente, coexisten distintas Mourarias.

### Conclusiones

Se consideró que el lugar está constituido por tres elementos esenciales –local, localización y sentido/sentimiento de lugar (Agnew, 1997)–, con el fin de discutir algunos aspectos de la inscripción territorial del barrio en el espacio urbano. A partir de ahí, se procuró captar cómo los límites y las fronteras del barrio eran percibidos por distintos individuos y cómo determinadas referencias sociales y espaciales servían como medios de orientación en el espacio. Las nociones de multilocalidad y multivocalidad fueron particularmente recurrentes para comprender algunos de los procesos, referencias y aspectos a través de los cuales el lugar es percibido. Permiten englobar otros lugares, no lugares, otras prácticas, tiempos y eventos, como admitir que todas esas otras situaciones pueden ocurrir en un mismo espacio y tiempo, y ser expresadas por varias y múltiples voces (Rodman, 1992). Pero no sólo esto: tales nociones permiten comprender los procesos de configuración de los límites y fronteras como algo dinámico, maleable y múltiple, y sirven como una especie de disolvente de las perspectivas que toman los límites y fronteras como meras barreras físicas y sociales. O sea, como simulacros para explicar la separación, por lo que fue más prometedor admitir, como refirió Low (2000), que los límites y fronteras son, en verdad, marcas de transición entre una determinada esfera de control social y otra, y sirven para demarcar diferencias y contrastes.

En este sentido, el análisis efectuado permitió inferir que la Mouraria no posee fronteras nítidas, pues son estas mucho más dependientes de las

relaciones sociales que de factores de orden geográfico y urbanístico. Lo que implicó entender que “las fronteras son justamente esos lugares de contradicciones inconmensurables”, que indican mucho más una zona intersticial y de desplazamiento que un marco topográfico de demarcación entre dos lugares; de ahí que la noción de frontera sea útil para situar al ‘sujeto posmoderno’. Pero tales consideraciones no quitan a la Mouraria su expresividad como un lugar socialmente construido. Por lo que, en lo que respecta a una antropología en la que los “objetos no son más concebidos como automática y naturalmente anclados en el espacio”, es fundamental estar atento “al modo como espacios y lugares son construidos, imaginados, disputados e impuestos”. Lo que, en otra perspectiva, infiere que en lugar de centrarnos en la idea de “desterritorialización, en la pulverización del espacio de la alta modernidad”, es mucho más fructífero “teorizar de qué modo el espacio está siendo re-territorializado en el mundo contemporáneo” (Gupta y Ferguson, 2000: 44-47).

Al privilegiar el análisis de las prácticas de uso y apropiación del espacio público de la Mouraria, fue posible demostrar cómo la visibilidad de los individuos y de sus prácticas de uso y apropiación del espacio, aliada a la organización física y arquitectónica del territorio, son elementos constituyentes de las imágenes culturales y urbanas del barrio. Se verificó, así, que la rutina cotidiana de uso y apropiación del espacio público crea un indefinible número de atmósferas que estimulan la creación de metáforas urbanas que, proyectadas como imágenes, forman parte del conocimiento que se tiene del barrio como de una determinada faceta de la ciudad.

El hecho de que los individuos estén en permanente contacto con otros grupos de individuos en situaciones muy diversas permite, entonces, destacar dos aspectos. Primero, que las percepciones del lugar Mouraria se mueven en una especie de terreno movedizo, lo que les confiere una pluralidad de sentidos y significados, solamente comprensibles en términos de un proceso continuo de recomposiciones y reconfiguraciones, donde los límites desempeñan un importante papel en la demarcación de los territorios intersticiales. Se destaca, entre tanto, que para comprender la pluralidad y multidimensionalidad de los límites y fronteras, bien como de sus continuos procesos de reconfiguración, es importante contextualizarlos. O sea, las nociones de

límite, frontera e intersticio, a pesar de la fluidez y plasticidad que les son intrínsecos, solamente hacen sentido en tanto son constituidos y constituyentes de realidades sociales específicas, aunque interligadas con un espacio social más vasto. Repárese todavía que tales constituciones e interligaciones se localizan en el núcleo de los procesos históricos. Esto permite, incluso, relativizar la idea de que la realidad urbana solamente sea perceptible por las ideas de que todo es demasiado efímero, desconectado o disyuntivo. Se cree, así, que ciertos aspectos y atributos socio-espaciales puedan ser considerados como tales, pero no todos. Importa considerar que la Mouraria se constituye como un lugar multifacético, como si en él coexistiesen –de forma paralela y/o conflictiva– varias Mourarias. Es aquí que las nociones de límite, frontera e intersticio ganan vida, y adquieren significados y sentidos.

Cabe destacar que el proceso de percepción e invención del espacio no siempre es una forma pacífica y armoniosa de evasión de las coacciones dictadas por el planeamiento, organización y control del espacio urbano, precisamente porque el medio social puede constreñir determinadas visiones del mundo. Los límites y las fronteras son constituidos con base en las reglas sociales de diferencia y diferenciación, con lo que se contribuye para la invención de determinados significados urbanos que, a su vez, permiten situar el Barrio de la Mouraria en el mapa social de la ciudad. Esto se evidencia por el encuadramiento de las micro geografías cotidianas de uso y apropiación de los espacios públicos locales, ya que a la par de sugerir heterogeneidad y multidimensionalidad, también insinúan la importancia que determinadas demarcaciones socio-espaciales tienen en el proceso de construcción del paisaje urbano.

Por fin se observa que, desde la finalización del estudio antropológico que soporta los principales argumentos de esta reflexión, el Barrio de la Mouraria ha experimentado un rápido proceso de transformación urbana. Estos cambios reflejan, en gran medida, la influencia del actual proceso de intervención urbana que, en general, tiene privilegiado la intervención del espacio público local. Finalizando con el análisis de algunas de las actuales dinámicas socio-espaciales locales, se considera que el argumento presentado en esta reflexión es relevante para la comprensión del complejo proceso de creación de imágenes de la identidad local.

## Bibliografía

- Agnew, John (1997). "Representing space: space, scale and culture in social science". En *Place/Culture/Representation*, James Duncan y David Ley (Comps.): 251-271. London: Routledge.
- Bettanini, Tonino (1982). *Espaço e Ciências Humanas*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Bourdieu, Pierre (1999). "Efectos del Lugar". En *La miseria del mundo*, Pierre Bourdieu, : 119-125. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cordeiro, Graça Indias (1997). *Um Lugar na Cidade: Quotidiano, Memória e Representação no Bairro da Bica*. Lisboa: Publicações Dom Quixote.
- Costa, António Firmino (1999). *Sociedade de Bairro*. Oeiras: Celta Editora.
- Crouch, David (1998). "The street in the making of popular geographical knowledge". En *Images of the Street - Planning, Identity and Control in Public Space*, Nicholas R. Fyfe (Editor): 160-175. London: Routledge.
- Durkheim, Émile (1989). *As Formas Elementares de Vida Religiosa*. São Paulo: Edições Paulinas.
- Edensor, Tim (1998). "The culture of the indian street". En *Images of the Street - Planning, Identity and Control in Public Space*, Nicholas R. Fyfe (Editor): 205-221. London: Routledge.
- Gupta, Akhil y James Ferguson (2000). "Mais além da 'cultura': espaço, identidade e política da diferença". En *O Espaço da Diferença*, António Arantes (Editor): 30-49. Campinas: Papirus.
- Lévi-Strauss, Claude (1974). *Anthropologie Structurale*. Paris: Pion.
- (1993). *Tristes Trópicos*. Lisboa: Edições 70.
- Low, Setha M. (2000). *On the Plaza: The Politics of Public Space and Culture*. Austin: University of Texas Press.
- Madanipour, Ali (1998). "Social exclusion and space". En *Social Exclusion in European Cities – Processes, Experiences and Responses*, Ali Madanipour, Goran Cars y Judith Allen (Org): 75-89. London: Jessica Kingsley Publishers Ltd.
- Magnani, José Guilherme Cantor (2000). "Quando o campo é a cidade: fazendo antropologia na metrópole". En *Na Metrópole - Textos de An-*

- tropologia Urbana*, José Guilherme Cantor Magnani y Lilian de Lucca Torres (Org.): 12-53. São Paulo: EDUSP.
- Menezes, Marluci (2002). *Espaço: Manutenção, Mudança e Representação. Estudo de Caso: Bairro da Madragoa*. ITECS 34, Lisboa: LNEC.
- (2002). “Mouraria: entre o Mito da Severa e o Martim Moniz - Estudo antropológico sobre o campo de significações imaginárias de um bairro típico de Lisboa”. Tese de doutorado, Universidade de Nova de Lisboa.
- (2004). *Mouraria: Retalhos de um Imaginário. Significados Urbanos de um Bairro de Lisboa*. Oeiras: Celta Editora.
- (2009). “A Praça do Martim Moniz: Etnografando Lógicas Socioculturais de Inscrição da Praça no Mapa Social de Lisboa”. *Horizontes Antropológicos*, Ano 15, N.º 32: 321-328.
- (2011). “Todos na Mouraria? Diversidades, desigualdades e diferenças entre os que vêm ver o bairro, nele vivem e nele querem viver”. Ponencia presentada en el XI Congresso Luso-Afro-Brasileiro de Ciências Sociais (CONLAB), Salvador, Bahia, Brasil.
- (2012). “Debatendo mitos, representações e Convicções acerca da invenção de um bairro lisboeta”. *Sociologia*, Revista da Faculdade de Letras da Universidade do Porto (FLUP), Número temático 1 (Imigração, Diversidade e Convivência Cultural): 69-95 (in <http://ler.letras.up.pt/uploads/ficheiros/10009.pdf>)
- Menezes, Marluci, Margarida Rebelo y João Craveiro (1992). *Bairro Casal Ventoso - Elementos para uma Caracterização Socio-Ecológica*. ITECS 17, Lisboa: LNEC.
- Richardson, Michael (1980). “Culture and the urban stage: the nexus of setting, behavior, and image in urban places”. En *Human Behavior and Environment*, Vol 4, Irwin Altaman y Amos Rapoport (Comps.): 290-242. New York: Plenum.
- Rodman, Margaret C. (1992). “Empowering place: multilocality and multivocality”. *American Anthropologist* N.º 94: 640-656.
- Santos, Carlos Nelson, Arno Vogel y Marco Antonio da Silva Mello (Comps.) (1985). *Quando a Rua Vira Casa*. Rio de Janeiro: IBAM/FINEP.

- Santos, Milton (1995). “Raison universelle, raison locale. Les espaces de la rationalité”. *Espaces et Sociétés*, N.º 79: 129-135.
- Sequeira, Gustavo Matos (1929). “Os bairros antigos e a comédia das ruas”. *Portugal/ Lisboa. Exposição Portuguesa em Sevilha*, Lisboa: Câmara Municipal de Lisboa.
- Sibley, David (1997). *Geographies of Exclusion*. London: Routledge.
- Valle, Teresa (1999). “La importancia del espacio en relación a la identidad individual y grupal: limites, contenidos y significados desde el enfoque antropológico”. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* Vol. 39: 33-44.
- Zukin, Sharon (1996). “Space and symbols in an age of decline”. En *Re-presenting the City: Ethnicity, Capital and Culture in the 21st-Century Metropolis*, Anthony D. King (Comp.): 43-59. London: Macmillan Press Ltd.